

DICHOSOS LOS QUE CREEN SIN HABER VISTO

Domingo II T. Pascual. Ciclo C

Hch 5, 12-16; Sal 117, 2 - 4.22 - 27; Ap 1,9-11; Jn 20, 19-31

“Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos»

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor» (Juan 20, 19-31).

El salmo responsorial insiste en el amor de Dios: Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

San Juan en el Apocalipsis explica su encuentro con el Resucitado: “No temas: Yo soy el primero y el último, yo soy el que vive. Estaba muerto y, ya ves, vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del abismo”.

El evangelista cuenta hoy, cómo los Apóstoles, tristes y llenos de temor, tuvieron la aparición de Jesús. Los discípulos, tras los terribles y cruentos sucesos, estaban reclusos, asustados y destrozados. En sentido humano, todo se les había derrumbado. Tomás, ausente en ese momento, al saberlo, no lo creía, dudaba de lo que decían. Aún no tenían la firmeza y madurez de la fe. Varias veces habían oído al Maestro decir que sería azotado, muerto y que resucitaría al tercer día (Lc 18,33), pero no lo entendieron y, por eso, eran las dudas, los temores y la huida del Calvario

Dichosos los que creen sin haber visto. Creyendo en Jesús, se tendrá vida en su nombre. La fe es un don, un puro regalo de Dios. El hombre, por sí solo, no puede tener fe. El único camino es aceptar ese regalo. Podríamos decir que "creer es querer creer". La fe no puede quedarse en el aspecto intelectual, en aceptar con la cabeza que Jesucristo es Dios. Eso es sólo el punto de partida. Tiene que desarrollarse en el área de la voluntad y del corazón. Desde esta perspectiva, tres son los elementos de la fe: obediencia, confianza y fidelidad. La obediencia supone la escucha para comprender, asumir y practicar lo que Jesucristo ha dicho. Esto es lo que se llama "obediencia de la fe". Esta obediencia culmina en el abandono en brazos de Dios, en una entrega total a Él, en fiarse de Él de manera absoluta, en dejar en sus manos toda nuestra existencia humana y religiosa. Así lo dice el salmista: "Confía toda tu vida al Señor y fiáte de Él, que Él sabrá lo que hace" (Sal 37,5). Lo mismo que aconseja San Pablo: "Sé de quién me fío" y San Juan: "Nosotros nos hemos fiado del amor que es Dios" (1 Jn 4,16). El cristiano tiene que relacionarse con Dios desde la confianza filial consciente de que habla con su Padre. Dios es la fidelidad misma, cumple siempre, no falla jamás. El cristiano tiene que corresponder a esa fidelidad "siendo fiel hasta la muerte" (Ap 2, 10).

La fe tiene que ser operante, acompañada de buenas obras. Una fe, sin obras, está muerta. El creyente se ha comprometido a guardar los mandamientos, la palabra de Cristo (Jn 14,15.21). La fe, si está viva, produce necesariamente obras de amor operativo. En la vida espiritual, la fe es el "espíritu" y las obras la "letra"; y, si no hay letra, no puede haber espíritu de la letra. "Cree de verdad aquel que practica con la vida la verdad que cree", dice S. Gregorio Magno. La fe actúa por la caridad (1Tes 1,3).

Pero he aquí, que Cristo les trae el soplo del Espíritu Santo, los inunda de paz y, ungiéndolos sacerdotes, los envía a predicar y perdonar los pecados. Vigorizados y unguidos, los apóstoles salen y "hacían muchos signos y prodigios en medio del pueblo y crecía el número de los creyentes, que se adherían al Señor" (He 5,12-16).

Camilo Valverde Mudarra